

« Volvéos hoy, amigos, para saludar á la que se distingue por la blancura de los dientes y el perfumado frescor del vestido. Si por amor á mí salís una sola hora de vuestra senda, os lo agradeceré hasta que la tumba me oculte á todas las miradas; pero si me negáis lo que os pido, llevaré á otra parte mi amistad, y desde este momento recibid mi eterno adiós. Miétras la paloma hace resonar con sus gemidos la selva, ¿por qué refrenaré yo los lamentos, habiéndome separado la fortuna de la que era tan elegante y delicada en cuanto á su persona? La paloma,

bitadora de los bosques, si pierde á su compañero, repite sus dolores; ¿y yo habria de soportar en silencio la ausencia? No; la ausencia de Botéina no es mal que sobreleve yo sin quejarme. Dicen: — Está, pues, fascinado: el nombre solo de la amada le hace prorumpir en excesos de locura. — Pero, ni locura ni fascinación hay en mí, lo juro. Sí, lo juro: no te olvidaré miétras que el Oriente resplandezca con los rayos del sol al elevarse, y el vapor engañoso se agite en los vastos espacios del desierto; miétras que un astro brille suspendido de la bóveda celeste, y los matorrales del loto se cubran de nuevas hojas. Tu pensamiento, ¡oh Botéina! ocupa mi alma como el vino somete á su poder al que se abandona á él sin medida. Me acuerdo de aquella noche pasada junto al sáuce en que yo estrechaba la mano de una hermosa de ojos negros, émula del astro de la noche; en que, fuera de mí, por la fuerza del amor que me inspiraba, sentí mi razon próxima á extraviarse, inundándome al mismo tiempo el pecho un torrente de lágrimas. ¡Oh! ¿quién me dice si volveré á disfrutar las delicias de una noche como aquella que entónces pasamos hasta que vino la luz de la aurora á herir nuestros ojos? Ya le pro-

digaba amorosas palabras con el corazón sincero; ya ella me concedía alguna gota de agua con que mantener fresca la boca. ¡Pluguiera á Dios que estuviese destinado á gozar tanta dicha otra vez sola! El Señor á quien sirvo sabe cuán grande sería mi reconocimiento. Si Botéina me exigiese el sacrificio de mi vida, la daría con gusto, y generosamente la abandonaría si semejante sacrificio pudiera serme concedido. »

Esta elegía es de Yemil. Murió en Egipto, y Botéina, cuando supo su muerte, compuso estos versos: « La hora en que yo olvide á Yemil, ni ha sido conducida en alas del tiempo, ni lo será nunca. ¡Oh Yemil! ¡Oh hijo de Mamar! habiéndote herido la muerte, ¿qué me importan los tormentos ni las dulzuras de la vida? »

Said, hijo de Hamid, dedicó el siguiente canto á un amigo que le censuraba:

« Economiza tus censuras, pues que la existencia dura poco, y el tiempo nos es ora propicio, ora contrario. Nunca me ha arrancado llanto una desventura, sin que despues haya deseado ansiosamente el tiempo que me habia parecido tan infeliz. Todas las desventuras que nos acaecen tienen solo un tiempo; todas las situaciones por que pasamos están expuestas á mudanzas. Muchas se adornan con los colores de la amistad; pero, apénas adquirido su afecto, ya se empieza á perderlo. Quizá un día los golpes del tiempo y de la muerte vendrán á separarnos, á despedazar los vínculos que nos unen. Si llega primero mi vez, llorarás por mí, exhalarás tu dolor con repetidos gritos: cruel herida, te producirá la pérdida de un amigo afectuoso y sincero, de un amigo cuyo corazón te estaba ligado con un nudo que nada podia romper. »

NÚM. XI

LITERATURA GERMÁNICA.

SE REFIERE Á LA NARRACION, LIB. X, CAP. IV.

§ 1. POESÍAS ANTIGUAS.

En la Escandinavia la naturaleza grandiosa y singular excita las imaginaciones con mares que la separan del resto de Europa, con cadenas de montes altísimos, con arenales y lagunas de grande extensión, nieblas casi perpétuas, excavaciones de minas, á todo lo cual hay que añadir las tradiciones mitológicas enteramente poéticas, cuales son las ya recordadas del Edda y de las Sagas. (NARRACION, tomo II.) Allí, en vez de agradables pastores, hay mercaderes laboriosos, intrépidos guerreros, piratas temerarios, y es suma la pasión á las narraciones, con cuyo objeto los antiguos príncipes llevaban siempre consigo escaldas, encargados de contar sus empresas. De las composiciones de estos escaldas nació un ciclo de poesías, que abraza la edad de los dioses, la de los héroes y la de los hombres. Su colección se denomina *Kæmpeviser*, y Grimm las cree del v ó vi siglo, cuando la lengua de los tres reinos era casi igual; pero en tal caso debería decirse que fueron refundidas, y la última redacción no puede preceder al siglo XII, esto es, á la introducción del Cristianismo. Recopiló tales poesías históricas en 1591 Andres Wedel Soffreus, amigo de Tycho Brahe, y Pedro Syv, cuatro años despues, añadió cien baladas populares. Luego Abrahamson Nyerup y Rahbek formaron una colección en cinco tomos (Copenhague, 1812-14), que tiene el mérito de haber precedido á la de las demas naciones. Grimm sacó de ella una colección alemana (*Aldanische-Helden-Lieder, Balladen und Marchen*, Heidelberg, 1811) (1). Aunque la forma se halla rejuvenecida, la idea es mucho mas antigua, y respiran sencillez, energía, pureza moral, como convenia á gente obligada, para vivir, á desafiar el peligroso mar, y que,

(1) *Aldanische Helden-Lieder, Balladen und Marchen*. Heidelberg, 1811. Véase tambien á Molbech, *Nogle Bemærkninger over vore gamle danske Folkeviser*.

de vuelta de los peligros, en los largos ocios del invierno, recordaba sus expediciones. Sería inútil buscar allí la gracia de la poesía griega é indostánica, pues segun la naturaleza del país, son composiciones ásperas, de ritmo fácil y monótono, con una idea grande y colosal, desnudo y uniforme vigor de expresion, sin variedad de colores ni estudio de particularidades, y lengua ingenua y nutrida de varonil energía. Desde el principio se anuncia el hecho, renunciando al atractivo de la curiosidad y de la sorpresa; nada de epítetos; concision en las palabras; rapidez en la narracion y en pasar de un asunto á otro; pasiones grandes, inextinguibles, que asombran la imaginacion, y en medio de todo esto una armonia perfecta, una sólida fusion, un amor caballeresco. El héroe Hagbar prefiere morir á romper las ligaduras con que le ató una mano pérfida, pues son los cabellos de su amada Signilda. La reina Ana, al morir, se confiesa, y su principal culpa es haber dado de almidon su gorguera un domingo por la mañana. Hagen, atacada de improviso, resbaló sobre las húmedas pieles, dispuestas de intento por Grimilda para hacerle caer, y ella le dice: « ¿Te acuerdas que juraste, si llegabas á caer en presencia de un enemigo, que no te levantarías para combatir con él? — Es verdad, respondió, y siguió peleando de rodillas, y todavía mató tres adversarios. »

Estos nombres indican que muchos cantos pertenecen á la grande epopeya de los *Niebelungen*, y muchos mas al *Edda*. De este forma parte la poesía escáldica de las *Valkirias tejedoras*.

Broder, atrevidísimo corsario en tiempo de Araldo, el de la hermosa cabellera, dió mucho que hacer á este cuando se habia propuesto limpiar los mares. Además del valor, se servia de la magia, en la que era gran maestro; así, al caer combatiendo, fué toda portentosa la naturaleza. Doce Valkirias, hermosas doncellas destinadas en el Walhalla á alegrar á los que

han muerto como valientes, aparecieron la noche antes de la acción en caballos blancos; y habiendo subido á un monte, allí se aparearon, y con lanzas, espadas, flechas y cráneos humanos formaron un telar, tejieron y cantaron; concluida la tela y la canción, desgarraron aquella en doce trozos, y tomando uno cada uno, volvieron á montar á caballo y marcharon por dos caminos diferentes.

Trascribimos su canto á continuación, en versos de cuatro sílabas, conservados separadamente, como lo verificó Torfeo en la versión latina. Ni Randuero, de quien se habla en la primera estrofa, ni Daraldo, forman el asunto del canto, al paso que el rey ó jarl Broder no es nombrado tampoco:

Extiéndese por todas partes
Antes del estrago
Una nube de saetas;
Llueve la sangre,
Se quiere urdir cinérea tela
Por manos amigas del valor;
Prepara rojos los estambres
La muerte de Randuero.
Esta tela se tejió
De tripa humana:
Cráneos pendientes
Tienen tejidos los estambres,
Las cárculas son lanzas ensangrentadas,
Flechas y espadas son peines y astillas;
Así se tejerá
Una tela gloriosa.
Son las tejedoras
Hilda y Yartimila,
Sangrida y Snipula...
Pero los hierros están empuñados,
Las lanzas se despedazan
Los escudos están abiertos
Por las espadas, ó las espadas
Se rompen contra los escudos.
Tejamos, tejamos
La tela de Daraldo;
Esta espada fué empuñada
Por el rey jóven;
Ved, ved cómo chocan
Feroces los combatientes,
Allí nuestros amigos
Hacen resonar las armas.
Tejamos, tejamos
La tela de Daraldo:
Pero el rey ¿dónde está?
Dirijámonos á él.
¡Oh cuánta sangre!
El escudo la destila,
Y también la cota de malla y la coraza
Que debían custodiar al rey.
Tejamos, tejamos
La tela de Daraldo;
¡Oh, qué sonido de armas!
¡Ah! no dejemos
Que tan valientes guerreros
Pierdan la vida;
Tienen las Walkirias
Poder en las batallas.
Aquellos pueblos
Habitarán en estas tierras
Que de desiertos escollos
Eran antes habitadores;
Digo esto porque creo
Que al rey amenaza la muerte;
Ya el conde cayó

Traspasado por los dardos,
Y aun en Irlanda
Se prepara un luto
Tal que jamás aquellos hombres
Lo olvidarán.
Ved tejida la tela;
Ved un campo anegado en sangre
Sepa todo el mundo
La mortandad que aquí hubo.
¡Oh, qué horrible cosa es
Ver en torno en torno
Nube sangrienta
Ocupar todo el cielo!
Pero el aire quedará teñido
De la sangre de los valientes
Antes que nuestras palabras
Salgan vanas.
Cantemos bien
Del rey jóven,
Y demos muchos versos al vencedor
Que el canto nos sea favorable,
Y los que oyen
Esta poesía belicosa
La aprendan, y la repitan
Á otras naciones.
Subamos sobre nuestros caballos
Y llevémonos de aquí
Este terrible estorbo
De lanzas y de espadas.

En el canto de Semund en el Edda, conocido con el nombre de *Martillo de Tord*, Tord de Meersburg, corriendo á caballo al través de la llanura, pierde el martillo de oro, y lo busca algún tiempo inútilmente. Llama, pues, á su hermano, y le dice: «Conviene que vayas á los montes del Norte á buscar mi martillo.» Locke, su hermano, toma un vestido de plumas, y vuela sobre las anchas olas del mar hácia las montañas del Norte. Habiendo llegado á una fortaleza, entra en la gran sala, y se presenta ante el monstruoso Tolpel.

«¡Bien venido, Locke, bien venido! ¿Qué se hace en Meersburg? ¿Cómo se vive allá?»

«— Bien, responde Locke, Tord ha perdido su martillo y vengo por él.

«— Dile que está sepultado cincuenta brazas debajo de tierra. No lo volverá á encontrar, hasta que me dé por esposa á la jóven Feid-Iefsborga con todas vuestras posesiones.»

Locke se pone de nuevo su vestido alado, atraviesa las saladas aguas del mar: «No recobrarás tu martillo, le dice á su hermano, si no sacrificas la jóven Feid-Iefsborga y cuanto posees.»

Desde el banco donde estaba, la altiva jóven exclama: «Prefiero un Cristiano á ese horrible monstruo. Tomemos á nuestro anciano padre, peinémosle los cabellos, y que se le conduzca como la esposa de Tolpel, en vez de mí, á las montañas del Norte.»

Visten al anciano de esposa, prodigando en sus adornos el oro, y luego se ponen en marcha. Llegan, y se sientan en el banco de los esponsales. El conde Tolpel entra para presentar á la doncella la copa nupcial; pero, antes de beber, el anciano se come quince bueyes, treinta jabalíes, siete panes; luego, para extin-

guir la sed, bebe doce medidas de cerveza en un gran cubo de mango, y casi se traga también el cubo. Tolpel se pasea por la sala con las manos juntas y exclama: «¿De dónde viene esta esposa que tanto devora?» Después dice al custodio: «Ten cuidado con los toneles, pues que se trata de una mujer que come tan tremendamente.» Entretanto Locke se ríe para su sayo, y dice: «Ocho días hace que no comía; tan ocupada estaba de la idea de venir aquí.»

Tolpel llama á los escuderos, y grita: «Traedme el martillo de oro, que lo cedo gustoso con tal de verme separado de tal esposa con honor ó con vergüenza.» Ocho guerreros llevan sobre un árbol el martillo, y lo colocan al través de las rodillas del anciano. Este lo toma, lo blande como una vara, y hiere al monstruoso Tolpel y á sus compañeros. Todos los huéspedes reunidos, todos los hombres del Norte se ponen pálidos de terror, y reciben golpes mortales.

«Ahora tornemos (dice Locke al anciano), tornemos á nuestro país, ya que habéis quedado viudo.»

En otro canto, Orm, jóven caballero, debiendo combatir con el gigante de Berna, va á golpear en la tumba de su padre, sepultado en una montaña, y golpea tan fuertemente que despedaza la roca y su padre se despierta.

«¿Quién es el temerario que viene á turbar mi reposo?»

«— Soy yo, Orm, tu hijo.

«— ¿Qué quieres? El año último te he dado montones de oro y plata.

«— Cierto; el año último me has dado montones de oro y plata; pero hoy quiero tu espada.

«— Tú no obtendrás mi terrible espada Birtinga hasta que hayas ido á Irlanda á vengar mi muerte.

«— Si me la niegas, hago cinco mil pedazos la montaña en que estás sepultado.»

El anciano guerrero le da su espada: Orm mata al gigante, y en seguida va á Irlanda á matar á los asesinos de su padre.

Es del mismo carácter la saga escandinava de *Ervora*.

Angrim, príncipe poderoso, tenía doce hijos, todos valientes y esclarecidos por sus hazañas. Reunidos un día en una isla, y brillando en sus ojos el ardor guerrero, trataban de saber qué empresa sería más digna de su gran corazón. Uno de ellos, llamado Yorvard, seguidme, dijo con voz semejante á un trueno; «dirijamos los pasos á la corte de Ingo, rey de Upsal:» su hija, la hermosísima Ingeburda, ha de ser mía; ayudadme, y os conduciré á conquistar la gloria.»

La primavera adornaba los campos cuando los doce hermanos tomaron el camino de Upsal. Al llegar á la vista de Ingo, le vieron en medio de su familia, y rodeado de los valientes de aquel reino, defensa y ornamento de su trono.

Yorvard saluda al rey, pide á la hermosa Ingeburda, y como el pretendiente descendía de ilustre raza, y él mismo había aumentado su esplendor con ilustres proezas, el rey de Upsal no se atrevía á darle una negativa. Pero inmediatamente salió del círculo de los guerreros Yalmar, el más fuerte y altivo de todos, y habló de este modo al rey: «Señor, recuerda lo que debes á mi brazo, he defendido tu reino, he dilatado sus confines; tu hija me pertenece por derecho y por el amor que le profeso hace mucho tiempo. ¿La negarás á un guerrero que te es conocido, para entregarla á estos extranjeros á quienes tal vez únicamente guía la sed de rapiña.»

Ingo, no bien oyó estas palabras, decidió no elegir entre ambos guerreros para no ofender á ninguno de los dos. La misma Ingeburda fué llamada para que dijese cuál de los pretendientes le agradaba más, y ella prefirió á Yalmar, ornamento de su patria. Entonces Yorvard, echando espumarajos de cólera, desafió á su rival, y desafió también al valeroso Odur que estaba á su lado; fijóse el día de la batalla, y los doce hermanos fueron á proveerse de sus mejores armaduras. En el camino estaba la casa del rey Biartemar, el cual hospedó á los doce hermanos, y uno de ellos, llamado Agantir, refirió al huésped un sueño. Había visto una bandada de aves de rapiña caer sobre los doce hijos de Angrim, los cuales, echando mano de las flechas, destruyeron aquellas aves; en seguida aparecieron dos águilas; Agantir combatió con una, y la mató; pero él cayó al mismo tiempo destrozado por el pico y las uñas de la terrible ave; sus hermanos combatieron con la otra, y el estrago fué grande. Biartemar explicó el sueño, y dijo que con él se anunciaba el fin de muchos guerreros ilustres.

El día fijado para la batalla los doce hermanos se encontraron prontos; la cerca fatal había sido formada en una isla del lago Meler; dentro de ella estaban Yalmar y Odur, esperando la hora de empuñar las armas. El buque que llevaba á aquella isla á los hijos de Angrim, brillaba á causa de sus lucientes armaduras; tocó la playa, y los doce valientes desembarcaron, llenos de ardor guerrero. Sus ojos despiden llamas, señal de implacable ira; recorren la isla con aspecto terrible, y blanden las espadas; hacen sonar el acero de los escudos, mordiéndolo ferozmente; después chocan furiosos con los altos pinos, que no resistiendo aquel grande ímpetu se desploman de raíz.

Ante tal muestra de valentía y de furor, los miembros de Odur se estremecen, y dirigiéndose á Yalmar: «Amigo, le dice, sabes que nunca he temblado en las batallas, pues ahora tengo miedo...»

«Mira cuán tremendo es su aspecto; cuántos, son doce, y todos respiran el ansia de vengarse... — A nosotros se dirigen, decía Yalmar, ¡ah! sí, son doce cabales... Esta noche veremos la mansión de Odín, y ellos vivirán y

contarán las vicisitudes del combate... ¡Oh, mi fiel amigo! jamás he confiado tan poco en mi brazo. »

Pero Odur recobra inmediatamente aliento, y el acostumbrado valor enardece de nuevo su pecho. « Te engañas, grita; toca á los doce guerreros visitar esta noche la mansión de Odín, y nosotros, que somos dos tan solo, viviremos y referiremos las alternativas del combate. » Y Yalmar reanimado contestaba: « Aunque nuestros enemigos sean terribles, marchemos contra ellos. »

Entre los hijos de Angrim se distinguía Agantir por su elevadísima estatura; excedía á los demás en toda la cabeza, y tenía empuñada la famosa tirivanza, espada de enorme peso. Yalmar mide con los ojos aquel gigante, y dice á Odur: « Uno de nosotros combatirá con el terrible Agantir, y el otro con sus once hermanos; elige. » Responde Odur. « Yo combatiré con Agantir. Yo visto una cota de malla, fino trabajo de un herrero islandés, que está á prueba de las puntas más duras. »

— « Ahora bien, repone Yalmar, pues que el combate con Agantir te parece más tremendo, á mí me pertenece. ¿Te he permitido jamás yo que me precedas en las batallas? » Dijo, y desenvainando la espada, voló á atacar á Agantir. Odur entonces gritó á los demás: « Si tenéis corazón, venid á combatir conmigo: os desafío á todos. »

El primero que corrió hacia él fué Yorbard, y halló la muerte; los otros se adelantaron sedientos de venganza; pero Odur se mantuvo valentísimo. Todos cayeron, sin que su cuerpo recibiese una herida. Entonces aquel esforzado guerrero se dirigió al sitio donde habían combatido Yalmar y Agantir; ambos yacían rodeados de un lago de sangre. « ¡Oh Yalmar! exclamó; infeliz Yalmar: estás pálido, tu espada está rota, el escudo hecho pedazos; ¡ay cuántas heridas! ¡no puedes sostenerte! ¡Oh Yalmar, te mueres! »

Y Yalmar le respondía con voz débil y moribunda: « Sí, traspasan mi cuerpo diez y seis heridas... las armas están rotas... grande oscuridad se extiende por mis pupilas... ¡Ah! la espada de Agantir se halla bien afilada... su punta es aguda... mi pecho la ha sentido... Yo poseía cinco aldeas, poseía agradables campos... no quise disfrutar de ellos en paz... y me veo pegado al suelo de esta isla desierta, sin aliento, sin esperanza, destrozado por el hierro enemigo... El rey de Upsal se sienta á una alegre mesa; poderosos jefes é ilustres guerreros le circundan en medio de los placeres y la alegría... Quisiera andar... me levanto con un grande esfuerzo... y caigo nuevamente... La hija del rey, cándida como la nieve, me acompañó hasta la orilla del lago... ¡Ay, cuán verdaderas salieron sus palabras! — ¡Oh, mi amado Yalmar! ¡no volveré á verte!... Algunas jóvenes cantaban al subir por las rocas... Sus voces sonaban con deleite

á mi oído... Pero el viento hinchaba la vela... fué preciso partir... Odur, quitame del dedo este anillo de oro, llévalo á mi querida Ingeburda; que esa prenda la disponga para oír la triste noticia: ¡dile que no me verá más!... Ya el buitre vuela hacia aquí desde su negra selva... le acompaña el águila... Aquel ávido buitre se beberá toda esta sangre... aquella águila enorme devorará mis miembros. »

Últimos acentos de Yalmar; espiró, y á corta distancia de él murió también Agantir. Los doce hijos de Angrim fueron sepultados en aquella isla con todas sus armas, entre ellas la espada de Agantir, la tirivanza. El cuerpo de Yalmar fué traspasado á Sigtuna, cerca de Upsal... Ingeburda, después de la muerte de su amado, odió la vida, y se atravesó el pecho con un hierro.

Ervora, hija única de Agantir, era una doncella famosa por su rara belleza corporal, y más aun por su esforzado corazón, deseoso de gloria guerrera. La valiente joven quiso tener la famosa tirivanza, y registró muchos países, llegando por último á la playa del Lago Meler: allí los campesinos le indicaron la isla donde reposaban los doce hijos de Angrim, y la trasladaron á aquel punto; pero cuando la barca se aproximó á la costa, aparecieron extrañas visiones. Los remeros exclaman: « ¡Ah! ¡qué horribles espectros! ¡qué oscuridad se difunde por esa isla! » y vuelven hacia atrás la proa; pero la intrépida joven salta á la playa, y se lanza por entre la niebla, que era espesísima. Un pastor llevaba á guarecer su rebaño; Ervora le detiene, y después de saludarle, le pregunta... Pero de repente se oye una terrible explosión, el terreno exhala llamas, el pastor trata de huir y la impávida doncella no le suelta, y « ¿por qué tiembles? le dice, con tono firme; ven conmigo. »

Él le responde: « El pastor canta sobre las cimas de los montes cuando el sol se sumerge en el mar; pero cuando el cielo se oscurece, lleva á guarecer su rebaño: aquella que allí ves es mi cabaña, te la ofrezco, ven y descansarás. — No, contesta la esforzada joven, yo sigo mi camino; busco el terreno donde reposan los hijos de Angrim; dime dónde está. — ¡Atrevida doncella! ¿qué es lo que pides? ¡Ah! tú no sabes los horribles espectros que surgen de aquel terreno! Ninguno se acerca allí... Dirige la vista á aquella parte... ¿no ves?... ¡Ay de mí! ¡qué vienen! ¡huyamos! — ¡Detente! repuso Ervora, señálame el terreno que cubre á los hijos de Angrim, y en recompensa tendrás este anillo de oro. » Pero el pastor nada oye; su terror le ha prestado alas y ha desaparecido.

Entonces Ervora siguió andando sola hasta que encontró una tierra sembrada de tumbas, vió salir llamas de ellas, y oyó un gran lamento, lo cual le hizo conocer que había llegado al punto que anhelaba, y gritó: « Agantir, levántate: Ervora te llama, Ervora, tu única hija,

« Muéstrame dónde está sepultada aquella tremenda espada que los espíritus subterráneos templaron y dieron al valentísimo Svalutamé... ¡Oh! ¡despertad, almas generosas! oíd mi voz. Yorvard, Ervard, Raní, Agantir, levantáos con vuestras espadas, con los escudos, con las lanzas ensangrentadas... ¡Ay de mí! no son más que polvo aquellos hijos de Angrim, á cuya vista los más valientes guerreros temblaban; la ilustre descendencia de Eivor yace en el silencio y en las tinieblas. ¡Oh Ervard! ¡Oh Yorvard!... ¡así estas llamas cesen de atormentaros, mostradme vuestras venerandas armas! ¡Oh Agantir! dame tu tirivanza resplandeciente, para cuya construcción intervino un martillo encantado. »

Mientras Ervora hablaba en tales términos, se abrió la tierra y aparecieron voráginas llenas de fuego, saliendo del sitio donde yacía Agantir esta voz: « Debajo de mi osamenta está la espada que dió muerte á Yalmar; espada enemiga de los escudos, que abrió y atravesó tantos. Aquí tienes, enrojecida por este fuego, la tremenda tirivanza, á que ninguna mujer ha osado jamás acercar su mano. — La aceraré yo, exclamó Ervora; esas llamas no me asustan, y se adelantó con intrepidez; pero una voz gritó: Detente, ¡oh hija mía! no pongas el pie en esta tierra fatal; toma la espada que deseas. — ¡Oh digno descendiente de ilustres guerreros! dijo Ervora; tu regalo vale más que todas las coronas escandinavas. Por último, empuño esta espada tremenda. ¡Ah! ¡que mi muerte sea oscura y sin honor si cedo esta arma! ¡Adios, padre mío! Adios, vosotros todos los que aquí reposáis; dormid sobre vuestras armas gloriosas; nadie las toque; me basta con la invencible tirivanza. »

Una vez obtenida aquella espada, Ervora se alejó del fúnebre campo, y habiendo encontrado en la playa una barca, pasó el lago y volvió á su tierra.

Este espíritu de venganza se deja sentir continuamente en las poesías del Norte. Una joven, en lo más oscuro de la noche, va á traspasar el pecho del amante que le es infiel: una reina envenena á la mujer de quien está celosa: dos hermanas, proporcionándose vestidos de hombre y armaduras, marchan á vengar á su padre asesinado; cogen al matador, le cortan en pedazos, y luego lloran mucho al tener que confesarse. La madre de Vonved induce á este á que vengue la muerte de su padre, y él va, mata á cuantos encuentra, los padres y los hijos, los caballeros y los que los acompañan, y cuando ya no tiene á quien matar, da su anillo de oro á un pastor, para que le indique el castillo donde haya guerreros dignos de él; entra allí á viva fuerza, derriba á cuantos quieren detenerle, después vuelve á la carga, y en su rabia mata á su propia madre, y rompe su laúd, para que nada pueda suavizar los accesos de su furor.

El valiente Axel y la hermosa Valborga se

aman desde niños, y van juntos á una capilla para contraer esponsales. Pero Hagen, hijo del rey, enamorado también de Valborga, descomponen la boda, porque él quiere casarse con la joven, lo cual no impide que los dos pobres amantes sigan queriéndose, aunque ningún remedio vean á su dolor. De repente estalla la guerra: Hagen se coloca al frente de los ejércitos, y el bizarro Axel, olvidando todo rencor, sirve bajo la bandera del príncipe. En el campo de batalla Hagen, herido de muerte, llama á su rival, y tendiéndole fraternalmente la mano, le dice: « Venga mi muerte; si así lo hicieras, te casarás con Valborga y te regalo mi reino. » Axel se lanza contra el enemigo, combate como un león, y muere cubierto de heridas. Á esta noticia la desgraciada Valborga distribuye todo su haber á los pobres, y se retira á un claustro.

Pueden verse los *Chants du Nord* de X. Marmier.

§ 2. LOS NIEBELUNGUEN.

Se refiere á la Narracion, lib. XII, cap. 23.

Eginardo dice que Carlo Magno hizo reunir *antiguísima carmina* de los Alemanes, en que celebraban á sus antiguos héroes; pero se perdieron, y solo cabe aventurar acerca de ellos inciertas conjeturas.

El *Heldenbuch*, ó Libro de los héroes, contiene fragmentos de baladas, las cuales constituyen un ciclo entero de anales heroicos. Se mencionan otras sobre las empresas de Kurrbold, la traición de Hatt, el heroísmo de Bann, las proezas de Albuino, rey longobardo; baladas que muchos siglos después se cantaban aun por los Sajones y los Bavaros: nos quedan el canto de Hildebrando y el del rey Luis, con motivo de la derrota de los Normandos.

Á veces estas tradiciones llegaron á constituir poemas enteros, quizá ordenadas y reducidas á unidad por algun Homero septentrional, y de este modo pudo formarse el poema de los *Niebelunguen*, de que ya hemos hablado en la *NARRACION*, l. cit. Está en treinta y nueve *aventuras*, divididas en estrofas de cuatro versos, rimados dos á dos ó alternativamente.

Á continuación presentamos la traducción de algunos trozos y el análisis de todo el poema.

AVENTURA PRIMERA.

Crimilda.

Las antiguas historias refieren cosas admirables de héroes magnánimos, de batallas, de banquetes, de nupcias, y al mismo tiempo de mucho llanto y de quejas. Vais á oír maravillas de feroces combates y de atrevidas espadas.

Vivia en Borgoña una gentil doncella, á la que ninguna otra aventajaba en el mundo. Se

llamaba Crimilda y era hermosa sobre toda ponderación, lo que fué causa de que por ella perdiesen muchos valientes su vida. Todos se dedicaban á amar á la amorosa virgen; todos la estimaban en mucho; pues si su aspecto era extraordinariamente bello, también la adornaban cuantas virtudes sientan á una noble dama.

Á su lado estaban tres poderosos y ricos reyes, Guntaro y el valiente Gernaldo, dignos de toda alabanza, y el jóven Guislero, excelente espada; la jóven era hermana suya, y los príncipes le prodigaban sus cuidados. Aquellos valientes pertenecían á ilustre estirpe, y eran atrevidos, admirablemente fuertes y de nobles sentimientos; su patria Borgoña; pero llevaron á cabo obras pasmosas de clarísimo valor en el reinado de Atila. Residían en Vormazia á orillas del Rhin, y tenían á su servicio una escogida tropa de héroes, esclavos de la fe jurada hasta faltarles la existencia; la envidia de dos mujeres los causó una cruel muerte.

Fuó madre de los príncipes la rica Ute, y padre Danerate, noble personaje, en su tiempo esforzado y famoso por acciones memorables, que dejaron á los tres hijos al morir una magnífica herencia, y ellos eran dignos de tal padre por su alto poder: les obedecían en la paz y en la guerra los mas bizarros, atrevidos é impertérritos héroes que han celebrado jamas inclitos tiempos. Entre ellos se distinguían Agon de Troneque, su hermano Danvarto, el de veloces piés, Orvín de Mezze, los dos margraves Gero y Eguarto, y Fulco de Alcea, alabado por su fuerza. El valeroso Romoldo, jefe de la cocina real, Gindolto y Hunoldo tenían el encargo de conservar los antiguos usos en la corte de los tres reyes, á quienes habían jurado su fe: otros muchos se contaban allí, siendo imposible nombrarlos á todos. Danvarto era caballerizo; mayordomo su sobrino Orvino; copero Gindelto, buena espada; camareo, Hunoldo; todos muy apreciados y honrados. Inútil fuera intentar referiros la pompa real, las arduas empresas de aquellos valientes y su cortesía, pues no podría daros una digna idea de tales cosas.

En medio de tantos honores tuvo un sueño Crimilda. Soñó que había criado un hermoso halcón, al que despedazaron dos poderosas águilas. ¡Qué dolor tan grande experimentó al verle desgarrar ante sus mismos ojos! Corrió adonde estaba su madre, le contó el sueño, y oyó de sus labios este cruel vaticinio: « Tu halcón es un caballero que te profesará amor, y que perecerá, si Dios no le salva. »

« — No habléis de amor, querida madre, respondió la jóven, no me casaré jamas: basta la muerte permaneceré doncella, para que el amor de un héroe no me ocasione disgustos. » Su madre le replicó: « Demasiado presumes, hija mía; si te ha de sonreír la dicha, al amor lo deberás. Cuando ante tí se presente el noble jóven que te haya reservado el Cielo, con él te casarás, adornada de todo género de bellezas.

— ¡Oh, no habléis así, dulce madre mía! volvió á decir la doncella. ¡Ay! hartó he presenciado cuán mal recompensa el amor á sus adictos, para que yo prudente no rechace sus dones. »

Por entónces Crimilda cerró la entrada de su corazón á todo sentimiento tierno, y permaneció algún tiempo sin amar; últimamente un héroe obtuvo su mano. Era el halcón que había visto en sueños, y cuyo destino le predijo su madre; pero ¡de qué terrible modo se vengó de los deudos que fueron causa de su pérdida, y cuántas madres se quedaron sin hijos á consecuencia de la muerte de aquel solo!

AVENTURA SEGUNDA.

Sifrido. (Extracto.)

En Gante, á orillas del Rhin, vivía el hijo de un gran rey de corona, que desde niño por la hermosura de su persona y su extraordinario valor era el amor y la admiración de los suyos y de los extranjeros. Sifrido (*Sifrid*) se llamaba este jóven, Segismundo su padre, y su madre Siguelinda. Cuando Sifrido estuvo en aptitud de manejar las armas, Segismundo publicó un bando en todo el reino, que invitaba á todo el que se creyese con valor á mostrarlo, empuñando las armas, y que sería creado caballero por las manos del rey en unión de Sifrido; á los extranjeros se les darían armas, vestidos y caballo. Grande fué el concurso, hermoso el torneo, brillantes las fiestas durante siete días; cuatrocientos individuos de los que acudieron fueron armados caballeros juntamente con Sifrido. Segismundo no dejó partir á ninguno sin muchos regalos, y habiendo reunido sus vasallos, quería en su presencia ceder el reino á su hijo, é investirle de todo su poder, en lo que se hubieran convenido con gusto los grandes del reino, contentos de tener de allí en adelante por señor á tal héroe; pero Sifrido no accedió. Mientras viviesen Segismundo y Siguelinda, el cariñoso hijo rehusaba ceñir la corona, diciendo que despues se encargaría de la autoridad que á Dios pluguiese conferirle. El propósito era bueno y generoso, y no mereció la censura de nadie. Desde entónces Sifrido se dedicó á hacer la guerra en países extrajeros, y ganó con su valor buena y honrosa fama.

AVENTURA TERCERA.

Cómo Sifrido fué á la corte del rey de los Borgoñones.

Aconteció que Sifrido oyó hablar de los grandes méritos de Crimilda y de su repugnancia al matrimonio, y resolvió casarse con ella. Los padres lo sintieron, sabedores de lo poco dócil que era al amor la doncella, y de cuántos y

cuáles héroes acogía el rey Guntaro en su corte, que defenderían á Crimilda por todos los medios; pero sus palabras fueron inútiles. « Padre mio, respondió el jóven, si el corazón no ha de ser el único que me guíe al elegir esposa, profiero renunciar al amor; y si ella me ama, y los suyos me la niegan, sabré hacerla mía por la fuerza. — Pero añadía Segismundo: » Lleva á lo ménos contigo á los mas esforzados de los nuestros; lleva contigo un ejército en que apoyar tus pretensiones. » Esto, sin embargo, pareció cobardía á aquel valiente; tanto que, mas para presentarse dignamente como convenia al hijo de un rey que para que le auxiliáran, tomó solo doce secuaces, y con ellos se encaminó á Vormazia, no sin que antes su madre y las mas nobles doncellas de la corte paterna hubiesen adornado á Sifrido y á los doce caballeros con ricos y pomposos vestidos.

Al cabo de siete días de camino, Sifrido y los suyos, armados de punta en blanco y relucientes á causa del oro y las piedras preciosas, llegan á Vormazia. Los Borgoñones admiran tanta magnificencia y la hermosa presencia de aquellos extranjeros á quienes nadie conoce. Orvino aconseja al rey, el cual ántes de recibirlos, quisiera tener noticia de ellos, que mande á llamar á su tío Agon de Troneque (*Agon de Tronek*) que, á causa de su larga experiencia, conoce á todos los caballeros famosos. Se presenta Agon, y aunque no había visto á Sifrido, viene en conocimiento de quién es por lo que de él sabía, segun la fama, y cuenta su historia.

Sifrido había matado con su propia mano á los dos ricos hijos de reyes Schilbundo y Niebelungo y hecho prodigios de valor. Cabalgando un día solo, llegó casualmente á un sitio en que, despues de sacar de una gruta el rico tesoro del rey Niebelungo, sus hijos, acompañados de muchos vasallos, trataban de distribuirlo. Como no se conviniesen en las partes, los dos príncipes eligieron árbitro á Sifrido, que había llegado á buen tiempo y le dieron en recompensa á Balminga la excelente espada del rey Niebelungo. Mal para ellos, pues habiéndose suscitado contienda entre ellos, los mató á todos, príncipes y vasallos, y se apoderó del tesoro que cien carros de doble tamaño no bastaron para trasportar, y que consistía todo en oro y piedras preciosísimas. Sifrido no se contentó con el tesoro, sino que conquistó ó se apropió el país de los Niebelunguen, donde le dió que hacer mas que nadie el fortísimo enano Alberico, provisto de la capa mágica. Sin embargo, consiguió sujetarle, y mandando llevar de nuevo el tesoro á la gruta, colocó allí de guardia á Alberico, jurando este ántes que lo defendería á toda costa. Así el valeroso Sifrido fué dueño del riquísimo tesoro de los Niebelunguen y de su país. « También conozco, añadió Agon, otra terrible aventura. Sifrido mató un dragon, y habiéndose bañado en su sangre, su cutis quedó mas duro que cuerno, é invulnerable. » Cuidado con vosotros, pues, y acogedle bien

» y cortesmente. » Así habló Agon de Troneque.

Guntaro muestra buena cara á Sifrido, y le pregunta el motivo de su venida; á lo que el príncipe responde sin ambages que « habiendo oído hablar de los valientes que se encuentran en la corte de Borgoña, ha venido para medirse con ellos y conquistar el país, si no lo saben defender. » La propuesta parece dura é inicua. Es verdad que Sifrido pone en la balanza sus Estados, que perderá si es vencido; pero como observa muy bien el buen Gesnaldo, ¿qué importa á los Borgoñones la conquista de países lejanos y extranjeros? Conténtese cada cual con el suyo, y Sifrido con ser acogido como amigo. Despues de mucho hablar, acordándose Sifrido del verdadero motivo que allí le conducía, consiente en vivir en paz con sus huéspedes, esperando ocasion de ver á la hermosa Crimilda.

AVENTURA CUARTA.

Cómo Sifrido combatió á los Sajones.

Es destino de Guntaro no disfrutar un momento de paz. Apénas apaciguado Sifrido, se presentan en la corte embajadores de los dos belicosos hermanos Ludgero y Ludgasto, rey el uno de los Sajones y el otro de los Daneses, intimándole una próxima invasión. Pero Sifrido le tranquilizó; él, con sus doce secuaces y un millar de Borgoñones, toman á su cargo toda la empresa; mas aun, sin aguardar la llegada de los enemigos les salen al encuentro. Los dos reyes, aunque á la cabeza de poderosos ejércitos, son derrotados uno tras otro y hechos prisioneros. Tanto es el terror que infunde el solo nombre de Sifrido que, cuando Ludgero reconoce su divisa en el escudo, se pone á gritar: « Arrojad las armas, vosotros que se guís mi bandera. El hijo de Segismundo, Sifrido el fuerte, es el que nos ataca. Le he conocido; el demonio le ha traído aquí para daño de los Sajones. »

Los Borgoñones victoriosos envían á Guntaro mensajeros con la buena noticia; Crimilda hace venir á uno secretamente á su estancia: « Contadme la buena noticia, y os daré oro, le dice con femenil astucia la doncella. ¿Cómo están mi hermano Gernaldo y mis otros amigos? ¿Ha muerto alguno? ¿Quién se ha distinguido mas? »

« — Ninguno de los nuestros mostró tener miedo, nobilísima hija de rey, responde el mensajero; « pero, pues que debo decirlo, ninguno ha trabajado tanto como el jóven extranjero que ha venido de Flandes. Lo que ejecutaron Danvarto, Agon y todo el escuadrón del rey, aunque hayan manifestado mucho valor, es un soplo comparado con las balañas de Sifrido, el valeroso hijo de Segismundo. Los Borgoñones, en honor de la verdad, mantuvie-